

los mejores prosistas y poetas, que en ella han escrito ó escriben.

Te callo también mi nombre indio, porque no quiero que le estropees y porque es tan enrevesado, que sólo aprenderás bien á pronunciarle por medio de la voz viva. Conténtate por ahora, con saber que el venerable padre jesuíta mi catequizador, me puso al bautizarme, el sevillano nombre de Isidoro. No seas voluble: ámame y no me olvides: no te enamores de ninguno de esos *dandies* de la *Hof-Adel* ó nobleza palatina de Viena: persuádate de que mi nobleza es por lo menos tan clara y sin la menor duda muchísimo más rancia que la de ellos. La de ellos constará acaso en antiguos pergaminos, pero la mía consta en documentos fehacientes, redactados veinte siglos antes de que el pergamino se inventase, y muchos más siglos antes de que en Austria se usara y se contara entre los recados de escribir.

Ámame, repito, y ten fe y esperanza en mi amor. No necesitas buscarme, sino aguardarme. Pronto me verás á tus pies, adorándote rendido y suplicándote con toda el alma que seas la *Padmini* de tu

ISIDORO.»

## IX

Contentísima estaba Poldy al inferir y considerar, por la lectura de la carta, que su indio era ilustre y rico y que estaba perdidamente ena-

morado de ella. Puntos había, no obstante, en la carta, que hacían surgir en el espíritu de Poldy, reparos, contradicciones y hasta quejas. Harto jactancioso y nada galante ni fino le pareció el encomio que hizo el indio de su nobleza, con grave detrimento y aun menosprecio de la nobleza austriaca; pero Poldy excusaba y hasta absolvía al indio, conjeturando que en este particular había de estar un tanto cuanto agriado su carácter, por que siendo él descendiente de Crishna, de Rama, de los Pandues, ó tal vez de algún Avatar, encarnación de Vishnú, de los que el Mahavarata celebra, se veía sometido á la extranjera dominación de los pícaros ingleses.

Poldy disculpaba así á su amigo, pero distaba mucho de darle la razón. Pensaba ella que los documentos nobiliarios valen solo cuando goza de poder, alta posición y riqueza quien los exhibe, y que todo esto, salvo la riqueza, estaba menoscabado y deteriorado en su indio, que al fin era un humilde súbdito de S. M. Británica y cualquier inglés empleado de Hacienda ó cualquier coronel de caballería podría mirarle de alto á bajo.

Poldy discurría además, que el que vence y domina es siempre el heredero legítimo del vencido y dominado. Y esto en todas las épocas y regiones. En la Edad Media, por ejemplo, ya en una encrucijada, ya en abierto palenque, topaba un caballero andante con otro, y para probar la bizarria respectiva ó para hacer confesar al contrario, que su dama era la más hermosa, ó por

quitame allá esas pajas, se arremetían ambos con furia y se daban de lanzadas. De resultas caía derribado de la silla uno de los dos caballeros, y en el instante, toda la gloria de sus proezas, toda la nombradía que sus aventuras y hazañas le habían granjeado, se transferían al caballero vencedor como aditamento ó apéndice.

Poldy recordaba también haber leído que, allá en América, cuando un cacique bisoño, que no había hecho aun cosa de provecho, se encontraba de manos á boca con otro cacique veterano, enemigo suyo, y célebre autor de doscientas mil ferocidades, y acertaba á darle tan terrible golpe con la macana que le derribaba y vencía, la fama toda del cacique veterano se trasladaba al cacique bisoño, y hasta era general creencia que en el bisoño se transfundían los bríos y la audacia del veterano, sobre todo si el bisoño le bebía la sangre ó se le comía, crudo ó guisado, después de haberle muerto.

Deducía Poldy de cuanto va dicho, que los verdaderos nobles del día, son los europeos, y muy singularmente los alemanes, porque ejercen con los adelantos y mejoras de nuestro siglo, todas las antiguas artes de la paz y de la guerra, por donde se señalaron y dominaron el mundo asirios y babilonios, medos y persas, egipcios, fenicios y cartagineses, y griegos y romanos, cuyas glorias todas, excelencias y privilegios se hallan hoy, según Poldy, en resumen, cifra y compendio, en sus egregios compatriotas, y por consiguiente en ella también.

A pesar de todo, y después de haber hecho la indispensable rebaja, Poldy se complacía en que fuera noble su indio y hasta se figuraba llanísimo que fuese él naturalizado, *hof-fähig* sin la menor dificultad, y que asistiese con ella á la corte cuando estuviesen casados.

Como en Austria, además de la nobleza alemana, checa, polaca, húngara, rumana, croata, serba, dálmata, etc., la hay de origen irlandés, francés, español é italiano, claro está que podría haberla también de origen brahmánico y *chatriesco*.

Otra cosa, de las que enojaban algo á Poldy, era la presencia en la fotografía de aquellas tres bayaderas tan ligeramente vestidas y tan poco modestas y comedidas en sus bailes. Pero también Poldy se mostraba indulgente con este desafuero del indio, y si no le disculpaba, le explicaba y casi le perdonaba. El indio había tenido bayaderas, y había hecho aquella vida rota, de puro oriental, cuando estaba aun sumido en las tinieblas del paganismo, pero cuando, gracias al padre jesuita, se convirtió á la verdadera religión, Poldy daba por segura su enmienda y el abandono en que había dejado sus viciosos deportes.

Lo único que en este negocio la apesadumbraba era que no hubiese sido el indio su catecúmeno, porque ella le hubiera convertido mejor que el padre jesuita, y no le hubiera dado en la pila bautismal un nombre tan feo como el de Isidoro. Poldy ignoraba quizás que había habido un santo arzobispo de dicho nombre, famosísimo sa-

bio, que recogió y ordenó en sus libros todo el saber de su tiempo, y se atenia á lo que había oído decir á una vieja princesa, tía suya, terrible antisemita, la cual princesa se empeñaba en afirmar que el nombre de Isidoro era muy común entre judíos, por donde le repugnaba de tal suerte, que tuvo tentaciones de despedir á un excelente criado suyo porque se llamaba Isidoro, y sólo se resignó á conservarle en su servicio obligándole á llamarse Filidoro en adelante.

Por lo demás, Poldy no podía estar más alegre ni más satisfecha. El istmo de Suez, acababa de abrirse y ya se presentia Poldy atravesando el canal, salvando el estrecho de Bab-el-Mandeb, y navegando por el Mar Eritreo, con rumbo hacia la India, para visitar las quintas, jardines y palacios de su joven esposo.

La venida de éste no podía ya tardar mucho, y Poldy se moría de impaciencia por verle vivo y no pintado, en cuerpo y alma y no en imagen. Lo que excitaba su curiosidad y le cosquilleaba suavemente las telas del cerebro era la condición de *Padmini*, que el joven indio le concedía. Ansiosa estaba de leer ó de que le leyesen el *Kama Sutra*, y de estudiar bien allí las sesenta y cuatro aptitudes ó excelencias de la *Padmini*, para buscarlas en ella y convencerse de que las poseía y de que no era lisonja de su amigo.

En resolución, Poldy estaba inquieta y alborozada, pero con inquietud y alborozo, llenos de dulces esperanzas y de amorosas v poéticas venturas.

## X

Muy distraída ó muy afanada debía de andar Garuda, cuando no se mostraba en la margen de la laguna á donde Poldy iba á buscarla de diario.

El indio seguía también tan invisible como Garuda.

Poldy languidecía de impaciencia, é imaginaba en ocasiones que iba á marchitarse su juventud como entreabierta rosa, en cuyo seno, donde no cayó el rocío, penetran los rayos del sol en la estación estiva.

En efecto, estaba para acabar ya el mes de Junio y el indio no había aparecido.

Una mañana, como de costumbre, entre diez y once, volvía Poldy de la laguna, donde en balde había buscado á la cigüeña.

Fatigada y triste, en medio de la senda por donde se volvía al castillo, Poldy se sentó, al pie de un olmo, en un asiento rústico, y en lo más frondoso, intrincado y bonito del parque. Un arroyuelo cristalino corría cerca murmurando. Crecían en su margen blancas y moradas violetas, y otras no cultivadas florecillas, que embalsamaban el aire con suave y grata fragancia. Floridos rosales de enredadera y otras plantas, que se ceñían á los troncos, y pasaban de un árbol á otro, como festones y guirnaldas, formaban allí misteriosa espesura y apartado recinto.

Sentada ya Poldy, se puso á meditar, y hubo de distraerse por tal arte, que, como vulgarmen-

te se dice, se le fué el santo al cielo. Cual no sería su asombro y cual no sería su júbilo, cuando de repente sintió ruido y sin tener tiempo para recobrase, vió llegar á un gentil caballero, que se aproximó respetuoso y vino á ponerse de hinojos á sus plantas.

Imposible dudar. Era el original de los tres retratos en fotografía. Vestido estaba con elegante traje de cazador, pero sin armas, porque no iba ya á caza de tigres, sino de palomas. Y en vez del salacot oriental, cubría su cabeza un airoso sombrero tirolés adornado con una pluma de águila.

El joven derribó por tierra el sombrero y descubrió los negros y abundantes rizos de su cabeza, antes de postrarse de rodillas.

Profunda fué la emoción de Poldy. El corazón le daba brinco en el pecho. El joven le pareció mucho más bello en el original que en los retratos, y cuando oyó su voz, argentina, melodiosa, y rica de tonos persuasivos y suaves, que roban la prudencia y la calma, apenas pudo sostenerse y pensó que se desmayaba.

En aquella situación no era dable diálogo alguno. ¿Qué podían decirse los dos enamorados? ¿Con qué frases, en qué sobrehumano idioma acertarian á expresar sus agitadores sentimientos?

Solo dijo él:

—Aquí estoy, Poldy. Tuya es mi vida. Quiero ser y seré tuyo para siempre. Yo te amo, yo te idolatro, yo te adoro.

¿Qué había de contestar Poldy, muda de asombro, radiante de alegría, y con el amor y el pudor luchando en su alma?

Hizo, no obstante un esfuerzo y se puso de pie, aunque turbada y vacilante.

Entonces él se levantó también y la estrechó irresistiblemente y cariñosamente entre sus brazos. Luego, juntó su rostro al de ella y cubrió de besos su frente, sus mejillas y su fresca boca.

Conoció Poldy al fin el peligro en que se hallaba, se avergonzó de ceder con tanta facilidad á quien veía y oía por vez primera; y, prestándole fuerzas su lastimado decoro, rechazó con violencia á su amante, se desprendió de entre sus brazos, y procuró guarecerse de su atrevimiento huyendo desalada y refugiándose en el castillo.

A solas en su estancia, se repuso Poldy de su temor, logró calmarse, y en el fondo de su alma no pudo menos de conceder su perdón al príncipe indio. ¿Qué no perdonará una mujer á un joven gallardo y elegante, enamorado de ella, y que viene á buscarla y á ofrecerle su mano desde tan remotos países? Y por otra parte, ¿qué había de hacer él cuando ella había enmudecido, trémula y palpitante, y no respondía á sus palabras? Si el indio no hubiera hecho lo que hizo, ó hubiera sido un ente sobrehumano de los que no se estilan, ó un mozalvete ruin, desmedrado y muy para poco.

Así pensó Poldy. Yo no digo si pensó bien ó si pensó mal. Digo solo que pensó así y que, en

consecuencia de tales premisas, echó allá en su mente la absolució al joven indio.

Sacó luego de un cajón de su escritorio la fotografía iluminada y con morosa delectación se puso á contemplarla.

Tan embebecida estaba en esto, sentada junto á su bufete, donde había extendido la fotografía, que no vió ni oyó lo que pasaba en torno suyo.

De súbito, y cuando menos lo temía, oyó detrás de ella una estridente y sonora carcajada, tan diabólica y tan burlona como puede darla el más consumado cantante, haciendo el papel de Mefistófeles y atormentando á Margarita, en la ópera del *Fausto*. Con mucho sobresalto volvió Poldy la cara y vió apoyado en el respaldar de su silla á su hermano Enrique, con su facha de duende maligno, que se reía á casquillo quitado.

De ordinario era Poldy apacible y afectuosa con todas las gentes y singularmente con su enfermizo hermano, para quien no tenía palabra mala. Pero entonces la cegó la ira y dijo con cruel desabrimiento al Conde Enrique:

—¿De qué te ríes, imbécil? ¿De qué te ríes?

—Pues me río, contestó el conde tartamudeando, pues me río...

—Vamos... interrumpió ella. Di, explicate. Dios te dé habla.

—Pues me río del enredo novelesco que has armado en tu cabeza, convirtiendo en príncipe indio ó en algo semejante... á mi antiguo amigo y camarada de universidad, Isidoro Ziegesburg.

—Esas son simplezas tuyas. El indio se pare-

cerá á un estudiante que tú conociste. ¿Pero de dónde había de sacar el tal estudiante todas las magnificencias indostánicas, todos los peregrinos tesoros de que en esta fotografía aparece rodeado?

—Mira, hermana, mi amigo es tan rico y abundan tanto en su casa los objetos de toda laya, que lo mismo que aparece como indostani en la fotografía, hubiera podido aparecer griego del tiempo de Pericles, magnate egipcio de la época de los Faraones ó de los Ptolomeos, Mirza contemporáneo de Hafiz ó señor feudal del siglo de la primera cruzada. Y siempre con las alhajas, primores, requisitos y demás accesorios que á cada personaje caracterizan y son propios. Isidoro Ziegesburg, en una palabra, posee el más completo y admirable bazar de antiguallas y curiosidades que hay en Viena. ¿Qué digo en Viena? en toda Europa no hay otro que se le iguale. Isidoro, así por lo que heredó de su padre, como por lo que ha traído de sus peregrinaciones por todo el mundo, durante cuatro años, es el más notable y acreditado de todos los chamarileros. Comprendo lo que ha pasado y por eso me río. Me río sin poderlo remediar.

Y el conde Enrique se reía, y Poldy poniéndose colorada como las amapolas, estuvo á punto de darle de bofetones.

El conde advirtió que su hermana estaba furiosa, refrenó su hilaridad y siguió diciendo:

—Lo comprendo todo, porque Isidoro posee una bonita casa de campo á ocho kilómetros de

este castillo. No extraño que lo ignores, porque tú estás siempre en Babia, arrobada en tus ensueños y sin ver la realidad de las cosas. Sin duda, en la citada casa de campo, ha de tener Isidoro algunos animales domesticados, y entre ellos la cigüeña blanca. Tuvo un día el capricho de colgar al cuello de la cigüeña las tres poesías sanscritas, de cierto compuestas por él, porque es muy ingenioso y aprovechado estudiante. El quiso embromar á alguien, sin prever á quien embromaría. Y quiso la suerte que los versos cayesen en tus manos y fueses tú la embromada. Lo demás que ha podido ocurrir, lo sabes tú mejor que yo.

—Si que lo sé, dijo Poldy, más triste ya y más abatida que airada. Y pregunto yo ahora: ¿es incompatible el ser chamarilero y el pertenecer á la nobleza?

—En manera alguna es incompatible. Sujetos de muchas campanillas gustan en el día de hoy de hacer cambalaches y de comprar y vender antiguallas y curiosidades de todo género. Yo he oído decir al mismo Isidoro, cuando acababa de volver de sus peregrinaciones, que en Lisboa tenía un estupendo baratillo nada menos que un Palha, individuo de una de las más ilustres y antiguas familias portuguesas, según lo atestigua Cervantes en el *Quijote*. Y sin ir tan lejos, en la misma capital de Austria, hay un egregio conde que tiene tienda de cristalería, y otro muy distinguido caballero que la tiene de tejidos de lana en la calle de Carintia. ¿Porqué pues, sin desdo-

ro de sus timbres y blasones, no ha de tener un baratillo un señor de noble prosapia?

—Acaso, dijo Poldy, Isidoro de Ziegesburg entre en esa cuenta. Acaso figure su nombre en el cuadro genealógico de las casas principescas, ducales y comitales, que publica todos los años el almanaque de Gotha, ó por lo menos en el libro de los condes, que también dá anualmente á la estampa el mismo editor Justo Perthes.

—Desengáñate, hermana. No te canses. Yo debo decirte la verdad, aunque te afijas. Y la verdad es que Isidoro Ziegesburg es un judío.

No bien el conde Enrique hubo pronunciado aquella palabra, que sonó como la trompeta del juicio en las encendidas orejas de Poldy, criada y educada, por su madre y por su tia, desde la tierna infancia en el más feroz antisemitismo, cuando Poldy empezó á temblar como una azogada y tuvo un violento ataque de risa nerviosa. Tan violento fué que el conde Enrique se llenó de miedo, llamó al aya é hizo que trajesen á Poldy una taza de tila.

Cuando al fin se calmó Poldy, y cuando pasó su risa insana, empezó á suspirar y á sollozar, y derramó un mar de lágrimas.

Todavía se notaba en ella un raro movimiento nervioso. Con el pañuelo se secaba el llanto, pero se restregaba el pañuelo con violencia por las mejillas y por los labios, como si quisiese arrancarse la piel y los besos que en ella había estampado el príncipe indio, convertido ya en chamarilero israelita.

## XI

Luego que Poldy consiguió sosegarse un poco, cayó en muda y honda melancolía. Nada dijo á su hermano ni á su aya. Ellos no se atrevían á interrogar á Poldy. Encerrada en su estancia, no iba ya á pasear por el bosque. Apenas se dejaba ver y tratar por las personas que en el castillo moraban.

Entre tanto, el joven Isidoro fué tan audaz que se aventuró á venir á visitarla, no ya recatadamente, sino en elegantísima victoria, tirada por dos soberbios trotones rusos, con la cual llegó hasta la puerta del castillo, subió las escaleras, y se empeñó en entrar á ver á la joven condesa. Por fortuna se opuso el aya que le recibió en la antesala. Isidoro dejó tarjeta y se retiró mal contento.

No desistió sin embargo, y repitió otras tres veces la tentativa. A la cuarta vez, por orden de Poldy, el aya salió á desengañar á Isidoro, le afeó su tenacidad y atrevimiento, y le dijo que era inútil que volviese por allí á enojar y á atormentar á Poldy, que nunca habría de recibirle y á quien no volvería á ver en la vida.

El horror antisemítico que embarga el ánimo de la nobleza austriaca explica la conducta de Poldy, que parece extravagantísima y hasta inexplicable en España.

Poldy se había enamorado entrañablemente

de Isidoro, pero, siendo él judío, juzgaba ella imposible aceptarle primero por novio y luego por esposo. El caso sería mirado como una abominación sin ejemplo. Los hermanos de Poldy dejarían de reconocerla por hermana, sus tíos y tías, por sobrina, y toda la *high-life* vienesa de dieciséis cuarteles, la expulsaría de su seno como individuo degradado y corrompido.

Al pensar Poldy en esto, los cabellos se le erizaban y temblaba y tiritaba todo su cuerpo como si discudiese por él el frío que precede á la calentura.

Resuelta estaba Poldy á no volver á ver á Isidoro: pero no había previsto otra cosa y no había formado sobre ella plan ni propósito.

A los pocos días de haberse negado ya por completo y para siempre á ver á Isidoro, Poldy recibió por el correo una carta suya. Tal vez, sin reconocer la letra, abrió la carta, tal vez reconoció la letra del sobre y sin embargo le rompió. De todos modos, una vez abierta la carta, Poldy no pudo resistir á la curiosidad y al interés que le inspiraba lo que en ella estaba escrito. Leyó pues, y vió que decía: «El enojado, el quejoso, debía ser yo y no tú, hermosa Poldy: pero el amor que me inspiras es tan alto que no se le sobreponen los enojos y es tan firme que no hay queja que le hunda ni acabe. Sigo, pues, adorándote, apesar de todos los agravios. No fui yo quien te solicitó. Tú me provocaste, tú me excitaste á que te amara enviándome tu retrato con un apasionado escrito. Me creíste brahman, na-

babo, príncipe de la India ó cosa por el estilo; y, no puedes negarlo, me amaste entonces. ¿Hay nada más irracional, ni más absurdo que tu desamor y tu furor de ahora, porque sabes que, en vez de ser brahman, soy israelita? Yo seguí tu humor al principio, fingiéndome brahman, pero, en lo tocante á nobleza no fingí nada. ¿Quién te ha dicho que un judío no puede ser noble? ¿De dónde inferes que tengo yo menos cuarteles que tú? Yo puedo presentarte mi evidente genealogía que se remonta hasta el mismo patriarca de Ur de los caldeos, pasando por reyes, caudillos, jueces y profetas. ¿Dónde andaban los germanos ni qué eran cuando el poderoso rey Salomón, mi pariente, erigía suntuoso templo al Dios único?

Creado su concepto en la mente de los hombres de mi casta, por ellos fué revelado al resto del humano linaje, idólatra y ciego. También el rey Salomón fundaba á Tadmor, espléndido oasis para las caravanas que iban á las orillas del Eufrates, y mandaba sus triunfadoras naves juntas con las de Hiram, á Ofir y á Lanka por un extremo, y á Gadir, á Tarsis y aún á las remotas Casitérides por el otro. Desde allí le traían, para autoridad, pasatiempo y deleite de él y de sus súbditos, cobre, estaño y ámbar, candidas pieles de armiños y de cisnes, gimios y papagayos, especerías y perfumes, perlas y diamantes, marfil y oro.

Alguien de mi familia privó con Ciro el Grande y volvió con Zorobabel á reedificar la Ciudad Santa. De mi familia fué también el glorioso pontífice que infundió en el ánimo engreído y

triumfante del Macedón Alejandro, súbito acatamiento y saludable temor de las cosas divinas. Alguien de mi familia combatió gloriosamente por la patria al lado de los Macabeos y derrotó al rey de Siria Antioco Epifanes. Vé tú pensando mientras yo recuerdo estos sucesos que puedo demostrarte, en que pobre choza ó en que miserable zahurda estaba metida entonces tu desarrapada y salvaje parentela. Las brutales persecuciones de Demetrio Soter, después de la funesta batalla y de la heroica y gloriosísima muerte de los Macabeos, movieron á mi familia á emigrar á España. No quiero pecar de prolijo ni ser tildado de jactancioso, y por eso no cuento aquí por menudo las cosas extraordinarias que en España hicimos. Te diré, no obstante, que fué mi cercano pariente aquel gran rabino de Toledo que redactó la exposición, y fué el primero en firmarla, dirigiéndose á Caifás y tratando de convencerle, para que no condenase al santísimo Hijo de María. Al lado del rey Alfonso VI de Castilla combatieron como héroes mis antepasados, contra la bárbara invasión de los almoravides, en la sangrienta rota de Zalaca. Yo cuento en mi familia inspirados poetas y admirables filósofos y teólogos, gloria de la Sinagoga española y de todo el judaísmo. Entre ellos descuella Jehuda Levi, el Castellano, á quien Heine celebra con entusiasmo fervoroso. El beso que Dios, al crearla, dió á su alma, viéndola tan bella, resuena aún en los cantares de aquel trovador admirable y produce divino encanto en los no-



bles espíritus que son capaces de sentirle y de comprenderle. Mi familia se estableció más tarde en Lucena, provincia de Córdoba, centro floreciente de las academias y liceos judáicos, donde las ciencias y las artes se cultivaron con abundante fruto. De allí salieron médicos, astrónomos, hombres de Estado y ministros de hacienda para multitud de monarcas, cristianos y musulimes, de los que reinaron en la península. Nosotros poseíamos un pintoresco castillo ó quinta de recreo, en el ameno nacimiento del río, cerca de la villa (hoy ciudad) de Cabra, y por eso tomamos el apellido de Castillo de Cabra, que traducido al alemán llevo ahora. Arrojadlos de España por el fanatismo antisemita, vinimos á parar á Austria, donde somos hoy víctimas de no menor absurdo fanatismo. Y no es lo peor el odio, sino el infundado desprecio con que nos tratáis. ¿Qué he hecho yo, qué ha hecho mi casta para que seamos así menospreciados? El dinero que ha ganado mi padre y el dinero que he ganado yo, ha sido ganado honradamente. Y para no cansarte, no digo aquí nada más de mi nobleza. Sólo me atreveré á indicar que todavía hay en España familias de las más altas clases, que se convirtieron á la religión cristiana en el siglo xv, y con las cuales me sería harto fácil probar mi parentesco. Baste lo dicho para que te inclines, oh hermosa Poldy, á desechar tu loca repugnancia, impropia del clarísimo entendimiento que Dios te ha dado, y para que vuelvas á recibirme, me ames y seas mía.»

En Austria nadie sabe de fijo lo que hizo Poldy después de leer tan arrogante y disparatada carta. La general creencia es sin embargo la de que Poldy, aunque perdidamente enamorada del judío, no cedió ni se rindió á sus razones. Muy por el contrario, todos por allá dan un fin trágico y misterioso á la presente historia.

El castillo de Liebestein está solitario y ruinoso. En sus sombríos y desapacibles salones, llenos de polvo y telarañas, se afirma que vagan y circulan por la noche duendes y almas en pena.

El conde Enrique se fué de profesor á no sé qué universidad, donde vive aún.

Y en cuanto á Poldy, unos aseguran que se ahogó bañándose, y dan otros por cierto que, de propósito y movida por la desesperación, se arrojó desde una barca en la vaguada ó centro mismo de la corriente del Danubio, y hasta añaden que con una gruesa piedra atada al cuello, para hundirse en el fondo, para que nadie pudiera salvarla y para que no resurgiese y se encontrase su cadáver.

## XII

Sin faltar descaradamente á la verdad, no hubiera podido tener mi cuento fin menos lamentable y menos vago, á no ser por un dichoso encuentro casual que tuve en Nueva York diez ó doce años después de la desaparición de Poldy.

En el espléndido club, donde iba yo á comer

casi de diario, me encontré á un rico y amable comerciante de origen español, trabé con él amistad y acabamos por hacernos muy íntimos.

Era hombre de cuarenta y cinco años á lo más, pero parecia más joven por lo muy guapo, alegre y elegante.

Nos reconocimos como paisanos de la patria chica, ó sea de determinada comarca, porque si no él, no pocos de sus antepasados fueron cabreños.

Ya adivinará ó sospechará el lector que este amigo mío, aunque naturalizado ciudadano de la Gran República, era y se llamaba Don Isidoro Castillo de Cabra.

Pronto me contó hasta los ápices y hasta los más escondidos lances de su vida. Poldy había luchado, durante algunos meses, en espantosa indecisión, entre el amor que Isidoro le inspiraba y los deberes más ó menos artificiales, que la ligaban á su patria, á su familia y á la alta clase á que pertenecía.

Por último, el amor triunfó en el alma de Poldy, mas no para quedarse en Austria desdeñada y aborrecida de sus hermanos y parientes. No: esto era imposible. Poldy tomó una resolución extrema, pero, en su caso, bastante justificada. Hizo correr la voz de que había muerto, se casó católicamente con el judío converso, y cambiando, ó mejor dicho traduciendo su nombre, se vino á vivir con él á los Estados Unidos.

Isidoro se trajo todo el dinero que tenía y no pequeña parte de los preciosos chirimbolos, joyas y antiguallas de su bazar. El resto, así como

los predios urbanos y rústicos de que en Austria era dueño, lo dejó al cuidado de un tío suyo muy de fiar y muy hábil.

En los Estados Unidos entró en grandes empresas y especulaciones y aumentó sus bienes de fortuna en vez de disminuirlos.

El venia á Nueva York dos ó tres días cada semana para despachar sus negocios que, por haber muy entendidos dependientes en su escritorio, no requerían de continuo su presencia. De aquí que la mayor parte del tiempo se le pasase en una quinta que había hecho construir á las orillas del Hudson, imitando en lo posible la traza y arquitectura del castillo de Liebestein. Como la quinta estaba sobre una peña, á semejanza del castillo, tuvo Isidoro la ocurrencia de darle casi el mismo nombre, aunque en lengua castellana y recordando un sitio muy romántico que hay entre Antequera y Archidona. La quinta de Poldy se llamó la *Peña de los Enamorados*.

Distaba la quinta mucho más de Nueva York que de Albany, capital del Estado de Nueva York, pero, como los trenes del ferrocarril van con extraordinaria rapidez en aquella tierra, y es deliciosa la navegación en los magníficos vapores que suben y bajan por el río, poco molestaba á Isidoro para ir y venir que fuese algo mayor la distancia. En cambio Poldy gustaba del sosiego y de la tranquilidad del campo y aborrecía el bullicio malsano de las ciudades muy populosas.

Rara vez Poldy iba á Albany y más rara vez

aun iba á Nueva York. En su quinta gozaba ella de todo el bienestar, lujo y regalo, que ofrece la civilización moderna á los que son muy ricos.

Poldy, aun saliendo poco, y para verse al espejo, y para que su marido la viese, se vestía á la última moda, con esmero, buen gusto y acendrada elegancia.

Isidoro me llevó á la quinta, me presentó á Poldy y tuve el placer y la satisfacción de admirarla. Aunque frisaba ya en los cuarenta años, el sol de su hermosura brillaba en el cenit y ella parecía una diosa.

Admirable era la hospitalidad conque acogía en su casa á los huéspedes, contribuyendo á este fin el privilegiado talento de su cocinero, artista de primer orden.

Dos hijos tenía Poldy: una niña de ocho años y un niño de seis, que eran dos ángeles de puro bonitos.

Garuda, la cigüeña blanca, animal que goza de larguísima vida, vivía mansa, doméstica y feliz en la quinta, como si para ella el tiempo no corriese. Más bien había ganado que perdido, porque el plumaje de la pechuga, que tenía antes un viso ceniciento, había adquirido el brillo y la blancura de la nieve. Garuda parecía el genio familiar de la casa, el vivo resumen de los lares y penates de aquel hogar transportado desde el centro de Europa á la opuesta orilla del Atlántico.

No quiero decir más para encarecer la felicidad de que Isidoro y Poldy gozaban, á fin de no excitar la envidia de los que me lean. Voy, pues,

á terminar, haciendo una súplica á los lectores: que se callen lo que aqui revelo y no se lo escriban á los treinta ó cuarenta condes y condesas, hermanos, tíos, cuñados y sobrinos de Poldy, para que no se aflijan ni se escandalicen.